

**Diana Obregón TORRES.**

**BATALLAS CONTRA LA LEPRA: ESTADO,  
MEDICINA Y CIENCIA EN COLOMBIA.**

Banco de la República – Fondo Editorial Universidad EAFIT, Medellín,  
2002. Pp. 422.

MARÍA ISABEL ZAPATA V.

Pontificia Universidad Javeriana (Colombia)

mizapata@javeriana.edu.co

Diana Obregón es socióloga, magíster en historia y cuenta con doctorado en Science And Technology Studies del *Virginia Polytechnic Institute and State University* de Estados Unidos. Sus diversos trabajos han sido ampliamente difundidos en países como Colombia, Venezuela, Brasil, Perú, Estados Unidos, Holanda, Francia, India y en la red Internet. Su principal interés de investigación gira en torno a la Historia de las ciencias en Colombia, especialmente en el ámbito de la medicina y las enfermedades. El libro al cual hago mención en esta reseña, y que en parte está compuesto por su trabajo presentado como tesis doctoral, fue ganador del premio en ciencias sociales de la Fundación Ángel Escobar en el año 2001.

El libro parte de la afirmación que en la historiografía colombiana no se han examinado los procesos sociales y culturales a partir de los cuales las enfermedades han empezado a ser consideradas como tales. Diana Obregón, se encontró con que los trabajos de historia de la medicina y de salud pública no han seguido rigurosamente el estudio de los esfuerzos por controlar una dolencia a lo largo de un periodo particular (p. 43). A partir de este estado de la cuestión, el libro se trazó como eje central, el explicar el significado que tuvo la lepra dentro de la constitución de las instituciones de salud pública y en la consolidación de la medicina como profesión. En torno a esta problemática, la autora analiza por un lado las relaciones sociales que establecieron los actores involucrados en el tema de la lepra, entre los que distingue a pacientes, médicos y al Estado; por otro lado, relaciona los intereses de la profesión, la dinámica nacional e internacional con el conocimiento médico.

El cuerpo de la obra se compone por ocho capítulos. El primero muestra, sustentándose en fuentes secundarias, cómo se enfrentaba la lepra en el contexto medieval, debido a que las fuentes sobre la enfermedad en nuestro país remitían constantemente a este respecto. El segundo capítulo, se relaciona con la forma en

que se combatió y cómo se trató la lepra en nuestro país durante los siglos XVII y XIX. El tercero se centra en el proceso por medio del cual la enfermedad se catalogó como infecciosa. Del cuarto al octavo, se describe como se enfrentó la lepra en nuestro país a partir de 1880 cuando los médicos comenzaron a difundir las teorías infecciosas, hasta que en 1961 se levantó el aislamiento de los enfermos.

Desde el primer capítulo el lector entra en contacto con la propuesta teórica del libro, en la medida en que éste describe la percepción que desarrolló la sociedad medieval sobre la lepra y cómo se constituyó por medio de un amplio número de factores que emanaron de lo cultural, social, político y económico. A lo largo de todo este capítulo, se describe cómo el problema de la lepra fue asociado con «las connotaciones religiosas de profanación moral implícitas en el concepto levítico de impureza» (p. 52). La lepra se asoció en el ambiente cristiano con valores como maldad, envidia, codicia, lujuria, orgullo y calumnia entre otros, e incluso relacionó con la herejía. Pero, es necesario anotar que Diana Obregón, encuentra que la percepción de los leprosos en la sociedad medieval era ambigua, debido a que si por un lado eran rechazados por cuanto consideraron que el origen de su enfermedad emanó de acciones transgresoras, por otro lado, existieron prácticas de devoción ante los leprosos, como la curación de sus llagas o besos por parte de mujeres y hombres pertenecientes a la nobleza. El leproso era visto como el llamado a la salvación y con quien se podían expiar las culpas de los pecadores.

La separación de estos enfermos de la sociedad es uno de los aspectos que más impacta a las personas del común y a los investigadores. Esta práctica fue constante a lo largo de la historia, pero su función se transformó. En la edad media la práctica del confinamiento en leprosarios no obedeció al deseo de evitar el contagio de las personas sanas, ya que si los leprosos incumplían las normas internas del leprosario eran expulsados. E igualmente sucedió con aquellas expresiones de piedad que realizaron los nobles en busca de la salvación divina; el leproso se recluyó pero no se evitó su cercanía con personas no contagiadas de lepra.

El segundo capítulo se refiere al análisis sobre cómo fueron traducidas las percepciones de la edad media con respecto a la lepra en el mundo colonial americano y especialmente en el territorio que en la actualidad es Colombia. En el diagnóstico de la lepra moderna comenzaron a intervenir los médicos, reemplazando a los jueces y clérigos que con anterioridad eran los que dictaminaban la enfermedad. En el cuidado de la enfermedad durante el periodo colonial jugó un papel importante el padre jesuita Pedro Claver, quién trabajó en el Hospital Real de San Lázaro de Cartagena desde 1615 hasta el año de su muerte en 1654. Este hospital de Cartagena era el que debía recibir a los leprosos de todas las provincias. A este respecto, se empezaron a presentar conflictos en la medida en

que para los leprosos era imposible un viaje desde sus lugares de origen hasta Cartagena, y para el hospital de Cartagena era imposible mantener a los leprosos que llegaban, sin los recursos de las provincias que se rehusaban pagar.

Era evidente que en un comienzo, la lepra no se distinguía muy fácilmente de otras enfermedades y Diana Obregón asegura que posiblemente los enfermos internados por lepras en los hospitales, podían padecer enfermedades diversas como sífilis o cualquier enfermedad venérea. Pero la constante para la autora es que: «las representaciones colectivas sobre la elefancia, forjadas a través de centurias, permanecieron virtualmente inmutables en la Nueva Granada, como en tantos otros lugares» (p. 88). Así, las discusiones en el periodo colonial sobre la lepra giraron en torno a su carácter hereditario o infeccioso. Los hospitales de San Lázaro, continuaron siendo los lugares de reclusión de los enfermos. En este capítulo para la autora, son de especial interés las condiciones en que se encontraba la medicina en el país y cómo poco a poco se estabilizaron los estudios de medicina a mediados de siglo. Es en esta falta de profesionalización de la medicina, donde Diana Obregón encuentra la razón por la cual en nuestro país convivieron diversas explicaciones del origen de la lepra y no hubo una aceptación unánime de la tesis imperante en Europa sobre la herencia. La manera en que fueron tratados los pacientes en los lazaretos no mostró mejorías, como lo puede dar cuenta el hecho de que en 1920 aún fue un problema el aprovisionamiento de agua en Agua de Dios. Estas malas condiciones y el periodismo crítico que se desarrolló en los lazaretos, no fue bien visto a los ojos de los salesianos y del gobierno de la regeneración, por lo que se inició un periodo de silenciamiento de las posiciones críticas.

El tercer capítulo se ocupa de mostrar la forma en que se desarrolló la teoría del bacilo de Hansen, en un contexto en el cual los países imperialistas se encontraron con que en varias de sus colonias había lepra. Es claro a lo largo del capítulo que el proceso de descubrimiento del bacilo no fue ni accidental, ni gracias a una mente brillante. En él, se describe el proceso a través del cual se construyó la teoría, las personas implicadas y la forma en que fue aceptada por la comunidad médica en los congresos internacionales sobre lepra. En medio del descubrimiento del bacilo, se muestra cómo en Noruega y en Hawai enfrentaron la enfermedad. Noruega asumió la enfermedad concibiéndola como un problema nacional. Los noruegos por medio del estudio de la lepra, cimentaron la medicina como ciencia nacional en busca de la solución a los problemas de la población local; mientras en Hawai el control que se ejerció sobre los enfermos estuvo atravesado por la repulsión que produjo la enfermedad en los empleados metropolitanos. La enfermedad del «otro» fue tratada por medio de la segregación con asistencia ocasional de algunos científicos foráneos.

Fue precisamente en el Congreso Internacional sobre lepra de 1897, que se aceptó que la lepra era infecciosa y se abandonó la idea tan difundida sobre el carácter hereditario de esta. Es importante además destacar, cómo el descubrimiento no sólo se debió al ingenio de varios científicos, sino a la disposición de varios seres humanos para experimentos debido a que no se podía inocular el bacilo en animales.

En el cuarto capítulo, el texto se hace cargo de las consideraciones colombianas con respecto a la lepra entre 1880 y 1905, momento en el cual nuestro país adoptó más el modelo segregacionista-racista al estilo hawaiano y no el Nacionalista-democrático noruego, por recomendación de la misma comunidad médica. Durante este periodo en nuestro país se siguió muy de cerca la salud pública, ya que se consideró indispensable para el progreso económico sustentado en la economía agro-exportadora. El control de las enfermedades y la detención de las epidemias eran parte de la misión civilizadora que debían cumplir los médicos. Pero los enfermos recurrieron a los lazaretos en búsqueda de refugio y evadiendo reacciones hostiles de cualquier ciudadano. Igualmente se destaca a través de este capítulo, cómo en la percepción de la lepra y en su tratamiento intervinieron intereses diversos, en este caso una «retórica de la exageración» por medio de la cual se manejaban las cifras según intereses propios.

Como un reto a los modelos difusionistas del conocimiento científico de Europa al resto del mundo, en este capítulo se describe cómo los indios aportaron el uso del aceite de chaulmagra para el tratamiento de la lepra. Pero por otro lado, en nuestro país al igual que ocurría en Europa se realizaron experimentos con personas sanas.<sup>1</sup>

El capítulo cinco se centra en explicar cómo la lepra dejó de ser valorada en nuestro

<sup>1</sup> Es necesario rescatar que los logros de una ciencia no se dan únicamente por las inagotables jornadas de trabajo de los investigadores, sino como en este caso de la lepra, también constituye un esfuerzo fundamental el servicio prestado por las personas sanas que se prestaron para algunos experimentos.

país como un asunto de caridad cristiana, y pasó a ser uno de los elementos que entró a ser parte importante dentro de la búsqueda de la civilización y el progreso. Durante el quinquenio, como es conocido el periodo presidencial de Rafael Reyes, se buscó la concordia política en el país por medio del desarrollo económico basado en la exportación de café y en la importación de bienes industriales. Este nuevo contexto, para la autora, hizo que nuestro país viera de forma distinta la

lepra. Reyes se preocupó por mantener una imagen propicia para la inversión de capitales extranjeros en el país y la lepra no se consideró un elemento promotor de la inserción de Colombia al mercado mundial. Como vemos, el control de la enfermedad durante este periodo se convirtió en un asunto de apertura de mercados. Las estrategias se concentraron en la rigidez de la segregación y en el estudio de los casos de otros países. El control estricto y la poca esperanza que se otorgaba a los enfermos, hizo que durante la época se desataran varios levantamientos.

Del capítulo seis al ocho se analiza la forma en que fue cambiando la estrategia para enfrentar la lepra pasando de la segregación al abolicionismo del aislamiento obligatorio. Entre la década del veinte y la del cuarenta se fue haciendo evidente que el método de aislamiento no surtió los efectos esperados. A este respecto, a partir de la década del treinta se adoptó como estrategia, el patrocinio de la investigación médica sobre la lepra. Se comenzó a tratar la lepra desde un punto de vista preventivo y se advirtió que en condiciones de pobreza y mala nutrición se encontraban factores propicios para la propagación de la enfermedad. A pesar de estas observaciones, la elite médica prefirió confiar más en la promesa de la consecución de una vacuna que en el impulso del mejoramiento de las condiciones de vida de la población. En últimas, el libro concluye que el impacto de la ley de 1961, con la cual se levantó la segregación, se restringió al cambio de nombre de los leprozarios a sanatorios debido a que los intereses de los médicos no confluyeron con los de los pacientes (p. 368).

Luego de este recorrido a lo largo de la forma como fue abordada la lepra en nuestro país desde la época colonial, no es difícil reconocer en esta obra la hoja de vida de una investigadora que en cuanto a su trayectoria se funde con los últimos desarrollos de la historiografía de la ciencia en Colombia. Como la misma Diana Obregón afirma en el estudio «Historiografía de la ciencia en Colombia» (Tovar, 1994:539-618) la historia de la ciencia en nuestro país comenzó como el relato organizado de hechos encadenados por la relación de causa y efecto. Estos hechos provenían de la acción de científicos que trabajaban individualmente y en ellos recaía el liderazgo de los descubrimientos. En estos personajes considerados héroes recaía también el origen y la justificación de la ciencia.

Estas fueron las principales características de la historiografía de la ciencia en Colombia desde los tiempos coloniales hasta 1970. En esta década Colciencias, en busca de lineamientos con respecto a la ciencia, organizó un coloquio y publicó una colección de trabajos sobre la historia de la ciencia en Colombia bajo la dirección de Jaime Jaramillo Uribe.

Además del interés de Colciencias en el tema, Diana Obregón resalta dos asuntos que modificaron la forma de abordar la historia de la ciencia en nuestro país. Por un lado, está la incorporación de modelos teóricos de la sociología cuyo principal exponente fue Gabriel Restrepo, y por otro lado está la incorporación de las tesis de Frank Safford en el libro *El ideal de lo práctico*.

Además de estos dos hechos, para Diana Obregón en el desarrollo de la historiografía de la ciencia fue clave la década de los ochenta, periodo en el cual ella se graduó del programa de sociología de la Universidad Nacional. En dicho programa fueron claves los planteamientos de Gabriel Restrepo y las tesis de Frank Safford para que se comenzaran a producir trabajos de grado sobre la

historia de la ciencia. En estos mismos años Diana Obregón se vinculó laboralmente a Colciencias y formó parte del equipo coordinador del proyecto «Historia Social de la Ciencia en Colombia» (Colciencias, 1993). A partir de este proyecto, la historia de la ciencia en nuestro país, se comenzó a abordar desde la visión de la construcción social del conocimiento, donde la producción científica no se concebía linealmente, como el producto de la genialidad de sujetos aislados, sino como el resultado de esfuerzos acumulados por una sociedad, en íntima relación con lo económico, cultural, político e internacional (p. 369). Como vemos, es claro que el libro que aquí presento, es un ejemplo muy juicioso de la historia social de la ciencia que se viene desarrollando en nuestro país desde la década del ochenta.

### **Bibliografía**

Obregón, Diana. 1994. «Historiografía de la ciencia en Colombia» En Tovar, Bernardo. *La historia al final del milenio*. 539-618. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.

Colciencias. 1993. *Historia social de la ciencia en Colombia*. Tomo IX. Bogotá. Conciencias.

Frank Safford. 1989. *El ideal de lo práctico*. Bogotá, Áncora-Universidad Nacional de Colombia.